

Por qué el campesino Tcheng se hizo rojo

Llamamiento de la Liga de los escritores de izquierda de China.

A todos los artistas, escritores e intelectuales, a todos los que luchan por la libertad y la justicia.

Desde que el imperialismo japonés ha arrancado en 1931 la Manchuria, carne viva de China, la guerra en extremo Oriente no ha cesado. Hoy el imperialismo japonés amenaza la China del norte, mientras el imperialismo inglés ataca el Tíbet, el Sin-Kiang y el Setchouen para crear un "Mandchucuo" del nordeste. El imperialismo japonés corrompe el gobierno de Nankin y crea una flota aérea en el Pacífico, mientras el imperialismo francés protege las islas de Coral y se dispone a ocupar el Yunnan y el Kuang-Si. La guerra imperialista que transforme la China en una colonia, la guerra por la hegemonía en el Pacífico cada día se acerca.

Los escritores, los pintores, los artistas que no tienen "grilletes en las manos" son fusilados, enterrados vivos por sus declaraciones, cuadros, papeles interpretados en la escena, etc. Las "camisas azules" (milicias fascistas) los apalean y los persiguen. Durante el invierno de 1930 han sido

El río del Norte había roto sus diques aquel año y se habían llevado a cabo numerosas colectas con el fin de reparar las averías. Se movilizaron hombres y bestias para el trabajo y el Gobierno aplicó la pena de muerte a todo el que intentaba eludir la obligación común. Cayeron algunas cabezas de gentes miserables, y mientras tanto, el dinero de las colectas se deslizaba como arena entre los dedos de las autoridades... Un prefecto vivía a todo lujo; otro funcionario sostenía una concubina de Soutcheou que había hecho venir exprofeso de una casa de Shanghai. Al mismo gobernador le habían tenido que adelantar una paga.

En el ejército se contaban cada día mayor número de desertores que iban a reforzar una banda de rojos que se habían apoderado del país alto.

Los trabajos de preparación adelantaban tan poco que el agua llegó a rebasar los canales, extendiéndose en grandes charcos redondos por los campos. Se ahogaron las habas en flor: se ahogó también el arroz verde y los tiernos tallos del maíz...

Entonces los ricos empezaron a especular con el hambre y la muerte de los pobres. Les compraban las tierras que poseían, les prestaban generosamente al doscientos por ciento, y el precio del arroz comenzó a subir.

Surgieron entre los campos las tumbas de los labradores; más tarde fueron también, como la tierra, cubiertas por el agua insaciable.

Tcheng tenía la esperanza de que ésta no llegaría hasta su puerta, ya que su casa estaba situada más alta que las de sus vecinos. Además, en el quinto día del quinto mes había quemado el incienso que debía alejar de su morada a todos los espíritus malignos.

Tcheng era pobre y vivía con su padre, su mujer y sus dos hijos. Su mujer, A-Neu, estaba encinta por la novena vez en doce años. Seis de sus hijos habían muerto. A-Neu estaba cada día más delgada, tosia continuamente y a veces escupía sangre. Y he aquí que este año no tendrían arroz, ni habas, ni coles... Les quedaría, eso sí, la casa y la tierra, una tierra que, cuando el agua bajase, aparecería cubierta de un limo fértil para la próxima cosecha. Pero, ¿y mientras tanto? Mientras tanto había que ir viviendo.

El viejo tenía oculto algún dinero, pero Tcheng ignoraba el lugar del escondrijo. Pudiera suceder que el pequeño tesoro de su padre, una vez muerto éste, permitiera a Tcheng comprar una yunta de bueyes... Eso, suponiendo que los funerales del viejo no se llevasen todo el ahorro. Era la única fortuna con que podía contar Tcheng. Apenas si les quedaban ya más que uno granos de maíz y un poco de arroz. Todo lo más, acortando las raciones, para ir tirando una semana.

La sexta luna se pasó como se pudo y en los últimos días se economizó hasta lo inverosímil. El primero que comía era el padre y a pesar de este privilegio refunfuñaba siempre:

—Los jóvenes de ahora no sabéis sufrir. Y el campesino debe de estar familiarizado con las privaciones. Cuando no es la sequía es la langosta; cuando no es la langosta son los bandidos o el saqueo de los soldados. Pero siempre nos queda la tierra. Pienso, además, que coméis como lobos.

Todos vieron desaparecer las últimas provisiones, como ve manar su sangre un hombre que tiene una arteria rota. Cuando no quedaba ya nada en la casa, Tcheng, dirigiéndose a su padre le dijo respetuosamente:

—Han pasado dos lunas, la lluvia no ha cesado de caer y tendremos, seguramente, una nueva crecida del río. La desgracia pesa sobre todos nosotros. Mis hijos lloran de hambre. La madre de estos hijos, que me dará pronto un nuevo varón, perezca con su fruto. ¿No tendrás, acaso, reservado para estas malas temporadas algún dinero?

El viejo se indignó.

—Eres un hijo sin entrañas que se propone espiar y tiranizar a su padre. Estoy en mi casa y hago en ella lo que quiero. ¿Pretendes a caso que yo tenga un final sin la dignidad que corresponde a una familia honorable? ¿Has pensado alguna vez en comprarme un ataúd decente y en elegir un sitio en el cementerio que corresponda a mis méritos? Por todos estos motivos no puedo darte el dinero que me pides.

Al día siguiente, Tcheng, con su mujer y su hija se embarcó por los campos inundados en busca de hojas y de raíces de plantas para poder saciar el hambre. Pero, antes que ellos, otros habían venido y ya los árboles aparecían despojados.

Tcheng insistió de nuevo con su padre:

—Tenemos dos mesas y dos camas. Podríamos vender una de ellas. Te daríamos a ti la mejor y mi mujer, los niños y yo dormiríamos en el suelo. Esto, quizá, nos permitiera vivir algunos días.

—No pienses en ello—respondió el viejo—. La gente de la ciudad chupará, si puede, hasta la última gota de tu sangre, porque lo natural es explotar a los que son pobres.

—Entonces no nos queda otro remedio que morir de hambre. Mira a tu nieto consumido por la disenteria...

—¿Por qué no vas a buscar al comerciante Kou? Quizá puede hacer algo por nosotros.

—Creo que será inútil. Tú le conoces. Se indignará y rehusará prestarme nada si no le dejas algo en prenda. Y lo único que poseo es esta miserable cama.

—Los pobres son los pobres y los ricos son los ricos—sentenció el padre.—Claro es que el comerciante Kou no te dará dinero si no le ofreces algo a cambio.

—No tengo nada que ofrecerle.

Kou empieza a sentirse viejo. Tiene cuarenta años y sus huesos se enfrían. Necesita esclavas jóvenes que le presten el calor que le falta. Reflexiona...

Y diciendo estas palabras, el padre le volvió la espalda.

ejecutados: un artista revolucionario —el camarada Kung Feng—, cinco escritores revolucionarios —los camaradas Yu-Si, Li-Wei-Sen, Hen-Fu, Hu-Eping y la escritora Feng-Keng—. El camarada Li-Wei-Sen fué enterrado vivo. En 1933 las "camisas azules" mataron al secretario general de la "Liga de los derechos del hombre". La escritora Ting-Ling y el escritor Pang-Tseniang fueron secuestrados, torturados y fusilados. El escritor revolucionario Chin-Hutcheng fué martirizado y precipitado a la calle desde un cuarto piso. Más de 900 personas esperaban su turno de asesinato en las listas de las "camisas azules".

Bajo la cruel explotación ilimitada de todos los imperialismos, bajo la burguesía china y los propietarios, el pueblo chino agoniza, privado de toda posibilidad de existencia. Para sacudir su yugo, las masas chinas han levantado el estandarte de la revolución, instaurando el 7 de noviembre de 1931 el gobierno central de la República de los Soviets Chinos.

En la primavera de 1933, cuando el imperialista japonés atacaba la China del norte, el gobierno de los soviets chinos propuso armar el pueblo y la guerra revolucionaria nacional contra el imperialismo japonés. Pero el gobierno del Kuomintang trata al gobierno soviético chino, así como a su ejército rojo, igual que a bestias salvajes. En tres años se han movilizad dos millones de soldados contra ellos, y cinco veces la población de los distritos soviéticos ha sido invadida, destruyendo pueblos enteros, matando sin piedad viejos, mujeres y niños. Último-

Tcheng había comprendido. Se sentó a la puerta de su casa, desde donde oía el débil quejido de su hijo. Fuera, en la obscuridad, brillaba el agua bajo la luna pálida, velada por la niebla. Tcheng pensaba en su hija, en el arroz, otra vez en su hija; luego en el pan hecho de maíz... La pequeña era frágil como una rama de sauce. Acarreaba ya el agua y ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa. Pero, después de todo, no era más que una muchacha. Una boca más que llenar. Tcheng bendecía en este momento a los genios malignos que le habían arrebatado los otros hijos.

Empezó a adormecerse y de pronto sintió como un abismo abierto delante de él. ¿Qué era preferible, vender su hija o resignarse a ver morir su hijo varón? Las mujeres son siempre una desgracia en una casa. Se las alimenta y luego se las educa para que se las lleve otra familia. Total; dinero y tiempo perdido. Si la vendía al comerciante Kou, era la salvación de su padre, de su mujer, del hijo... Además, la muchacha comería a diario arroz y manjares delicados. Y, conforme fuese creciendo, podría, quizá, tener la suerte de que el amo la distinguiera más que a las otras y la regalara vestidos de seda y babuchas bordadas.

Decidió acostarse y comunicar a su mujer encinta los proyectos sugeridos por el padre. La mujer era simple y obediente. Lloró, sin embargo, al oír la proposición de su marido. El la consoló diciéndola que comerían y que esta vez pariría un hijo que llegaría felizmente a término.

—Si hubiéramos pensado antes en esto, se podría haber alimentado mejor la pequeña—concluyó diciendo la mujer.

A la mañana siguiente, muy temprano, embarcaron en la lancha. El abuelo quedó con el nieto, que, sin fuerzas para levantarse, lloraba de hambre, consumido por la fiebre.

Llovía y la ciudad estaba lejos. La mujer llevaba el timón y el hombre, con el torso desnudo, empujaba la barca contra el viento. La niña dormitaba en el fondo de la lancha, demasiado débil para interesarse por lo que pasaba a su alrededor. Intentaron pescar, pero solamente encontraron el cadáver de un niño que flotaba en el agua como una rana verde, las piernas y los brazos arqueados... Navegaban en silencio durante muchas horas y llegaron a la ciudad poco después del mediodía.

El comerciante Kou les acogió como era de esperar. Era un personaje del Kou-min-tang que fabricaba salsa de soja adulterada y negociaba con arroz, algodón, ropas y todo lo que caía entre sus garras.

El mayordomo del comerciante les recibió con una mirada burlesca. Estaba comiendo arroz con carne de cerdo y sin interrumpir su comida les dijo:

—Si venis a pedir dinero a Kou, habéis de saber que su generosidad es grande. Os prestará sobre lo que traigáis, y solamente con el cincuenta por ciento de interés.

Los esposos Tcheng miraron con ojos desesperados el plato de arroz del mayordomo.

—No venimos a pedir prestado, sino a vender—respondió Tcheng volviéndose hacia su hija.—Hubiera sido mejor que alguien se hubiese encargado de conducirla hasta aquí, pero nuestros vecinos han muerto y los que viven no están en condiciones de prestarnos ningún servicio.

El mayordomo dejó el plato sobre la mesa.

—Hace falta ser un campesino ignorante para creer que se puede admitir una niña medio muerta de hambre en una casa donde sobran mujeres.

—Pero, en fin,—insistió el padre,—¿cuánto cree usted que puede valer? Porque hay muchachas que se han vendido a treinta y cinco y cuarenta dólares.

—Si, cuando la cosecha era buena y el capricho del rico lo quería así. Pero, hoy, los ricos compran las niñas por un puñado de arroz.

Tcheng, que conocía los perros que guardan las casas de los poderosos, no se acobardó. Sabía que estos perros están alimentados con huesos e insistió en su ofrecimiento.

—No me gusta ver sufrir a los niños—dijo el mayordomo.

Y dió a la pequeña las sobras que quedaban en el plato. La niña lo devoró con tanta glotonería que su estómago, vacío tanto tiempo, no pudo retenerlo.

El mayordomo rió compasivamente.

—Es mona la chiquilla... ¿Qué edad tiene? ¿Diez años, acaso?

Los esposos Tcheng comprendieron que había que insistir en el asunto.

El hombre continuó:

—Con una tercera parte de comisión, intentaría convencer al amo para que os prestase este pequeño servicio.

Salió, dirigiéndose a la habitación del señor. Habló brevemente con él.

—Tres dólares—respondió el amo—. Dale de comer y trámela mañana a la hora de la siesta, bien lavada y perfumada.

Los esposos Tcheng esperaban impacientes y hambrientos, con la vida suspendida de la decisión del comerciante. El mayordomo regresó entregándoles en silencio dos monedas de plata. Tcheng miró el dinero, después miró a su hija, al mayordomo...

—Los ricos no tienen corazón—murmuró.

—Los ricos son buenos—replicó el mayordomo.

Y sin añadir una palabra, los empujó hacia la puerta. Como la niña gritase, agarrándose desesperadamente a su madre, el mayordomo la sujetó con violencia.

Los esposos Tcheng fueron oyendo a través de los patios los gritos de la hija que acababan de vender.

A-Neu se tapaba los oídos; Tcheng no se atrevía a mirar a su mujer. Fueron caminando en silencio hasta el mercado de granos. Tcheng acariciaba el cinturón que guardaba los dos dólares, producto de su venta. En aquel instante no pensaba más que en comer. Su mujer, que empezaba a sentir los dolores del parto, tosía y arrojaba sangre por la boca. Al pasar por delante de una cocina pública, entraron y pidiendo una escudilla de arroz, la devoraron sin decir una palabra. Tan absortos estaban en su tarea, que no se daban cuenta de lo que sucedía cerca de ellos.

mente, Norteamérica ha abierto al gobierno de Nankín un empréstito de cincuenta millones de dólares, de los cuales se empleará una parte en la compra de aviones. El gobierno fascista alemán ha enviado para la campaña militar más de setenta especialistas. Chang-Kai-Tshek, con el apoyo directo de los países imperialistas, extermina al pueblo chino. Los mismos periódicos burgueses dicen que el ejército del Kuomintang que invade las regiones soviéticas, fusila a los niños de trece años.

Escritores, artistas, intelectuales, pensadores de todo el mundo, vosotros que lucháis por la libertad y la justicia, ved cómo una sanguinaria carnicería está próxima. Os llamamos para que os incorporeis a la cruzada contra la guerra imperialista, contra la ofensiva imperialista, para rescatarnos de la esclavitud de los propietarios de la tierra, de la burguesía, y que podamos construir una vida digna de seres humanos.

Camaradas, vuestra ayuda puede sernos preciosa. El pueblo chino gime bajo la mano de sus verdugos y llevaréis un rayo de luz a la vida intolerable de los pueblos de Oriente.

EMI-SIAO,
VÍCTOR FANG,

Representantes de la "Liga de escritores de izquierda".

En la plaza, la gente se agrupaba alrededor de un hombre joven, vestido a la europea, que hablaba y distribuía entre la multitud unas hojas impresas. De pronto, se abalanzaron sobre él dos policías y le golpearon brutalmente. Sonaron unos disparos. La muchedumbre, presa de pánico, corría en todas direcciones. En la cocina donde comían los esposos Tcheng entró un hombre gritando:

—¡No podemos seguir así eternamente! Los rojos tienen razón. Hay que expropiar a los ricos, dar la tierra a los campesinos que la cultivan y acabar con todos esos ladrones del Kuomintang que se alian con los japoneses para chuparnos la sangre. Mientras tanto el agua sube y nuestra ciudad corre peligro de ser sepultada...

Tcheng no oyó más que las últimas palabras: "el agua sube"... Si la ciudad estaba amenazada, también lo estaría su casa, en donde habían quedado su padre y su único hijo varón. Ningún vecino iría a socorrerles. Había que darse prisa para llegar lo antes posible y salvar lo que pudiera ser salvado. Corría el matrimonio, agobiado por el peso de los sacos de arroz. Tcheng había olvidado el incienso y el papel de plata para la fiesta del dios de la tierra.

Después de todo—pensó—el dios no es mejor que los ricos y con esos céntimos podremos comer unos días...

Cuando llegó al sitio donde había dejado amarrada su barca, vió con terror que el agua había subido y calculó que estaría ya al nivel de su casa.

—Hay que aprovechar la luz del día para navegar todo lo deprisa que podamos—dijo Tcheng. A-Neu, atormentada por los dolores de la maternidad, el rostro contraído, cogió el timón.

Al pasar delante de una granja, oyeron los gritos desesperados de la gente que se ahogaba. Pero no tenían tiempo de detenerse, porque el abuelo y el niño estaban también en peligro de muerte.

Tcheng observó que su mujer abandonaba el timón.

—A-Neu, date prisa. ¡Ayúdame, en el nombre del cielo!

Rígida, las manos crispadas sobre el timón inmóvil, la mujer gritó:

—Estoy pariendo...

—Acuéstate—dijo entonces Tcheng, con una dulzura impaciente.

La mujer se desplomó sobre el fondo de la barca. En la noche sin fin, se oyó un grito prolongado, que se espaciaba, cada vez más débil, para sonar de nuevo con más fuerza, entrecortado por accesos de tos.

—¿Durará aún mucho tiempo?—preguntaba de vez en cuando Tcheng.

Y ella, anhelante, respondía con voz casi imperceptible:

—Sí, esta vez es muy largo...

—Procura cortar el cordón con la escudilla rota—aconsejaba el marido.

Y remaba furiosamente, pensando en el padre, en el hijo varón, maldiciendo de la obscuridad y de las siluetas de los árboles, que le hacía ver obstáculos en su desesperada carrera.

—¿Cómo va eso? ¿Avanza?—gritaba a su mujer. Y añadía:—Hemos pasado ya la tumba de los Yuen, cerca de la ciudad. El agua ha alcanzado ya las ramas, mientras que esta mañana no llegaba más que hasta el tronco del ciprés. Temo por los nuestros... Todavía falta una hora... ¿Qué tal va eso? ¿Avanza?

—Sí... avanza... —murmuraba ella.

Ahora Tcheng remaba como si estuviera soñando. No tenía noción exacta de lo que le sucedía. Estaba como un hombre que ha bebido demasiado vino o que ha fumado opio. Delante de él surgían las sombras del mayordomo, del estudiante apaleado; recordaba el arroz que había comido y que era el precio de la carne de su hija. Y mientras tanto, no podía apartar de su pensamiento la frase terrible: el agua sube...

De vez en cuando decía, para animar a su mujer:

—Eso marcha, ¿verdad? ¿Es un varón?

Pero no oía, o no entendía la respuesta.

Remaba, guiado en su loca carrera por los primeros resplandores del alba que hacía palidecer la noche en dirección a oriente. La luna se ocultó entre las nubes y empezó a llover. De pronto reconoció un pino que marcaba el límite del campo de su vecino Wang. Fue como un brusco despertar. Enloquecido, empezó a buscar su casa. Había olvidado por completo a su mujer que estaba de parto. No tenía más que una obsesión: encontrar su casa, salvar a su padre y a su único hijo varón. Sentía una cólera de bestia perseguida. No podía distinguir nada en la oscuridad; solamente veía, flotando en el agua, tablas, trozos de ropa vieja... A fuerza de buscar, encontró, por fin, en un remolino, las ramas de un árbol que había delante de la casa. ¡Allí habían quedado sepultados su padre, su hijo y el dinero que tenía escondido su padre! Entonces, desesperadamente, gritó, llamando a los suyos sobre el agua sorda a sus lamentaciones...

Estuvo mucho tiempo dando vueltas en la barca. Iba como un sonámbulo, con la mirada fija en el remolino por donde asomaban las ramas del árbol. De pronto se acordó de su mujer, que estaba de parto.

—¡Eh! ¡A-Neu!—le dijo—. ¿Has terminado? Esta vez tienes que parir un hijo; ya que todo lo hemos perdido: nuestra hija, nuestra casa y hasta el dinero que el padre tenía escondido en ella...

A-Neu no respondió. Tcheng se inclinó sobre ella, apartando los harapos que la cubrían. A-Neu estaba muerta. Había quedado toda cubierta de sangre, con el rostro amarillo y los labios amoratados. Tcheng buscó al hijo pero no pudo encontrarlo. Indudablemente, no había llegado a nacer. Entonces pensó:

—Es posible que hubiera sido una niña...

Durante todo el día Tcheng se dejó llevar por la corriente, acostado en la barca al lado de su mujer muerta. Estaba como idiotizado. A veces, en la soledad del agua vercosa, llamaba a su hijo único. La gente que pasaba a su lado, en lanchas, le llamaba, pero él no respondía. Con



W. MAIAKOVSKI

un gesto de autómatas, cogía bruscamente los remos o comía habas para apaciguar el hambre. Lloraba amargamente. Una hija... Sí, había tenido una hija, pero la había vendido a un comerciante. Y ahora ya no poseía más que una tierra sepultada por el agua y este tesoro inútil de los viveres comprados en la ciudad...

La ciudad... ¿Qué podría él hacer allí? ¿Qué puede hacer un pobre entre los ricos? Además, ya estaba demasiado poblada con las víctimas de las inundaciones.

Incocientemente, Tcheng tomó la dirección de las colinas. Cuando llegó la noche, depositó el cadáver de A-Neu sobre la orilla, cubriéndole de hojas y de ramas de árboles. Luego, amarrando la barca a un sauce, se acostó en ella y se quedó dormido.

Al cabo de unas horas, se despertó sobresaltado bajo una lluvia de golpes. Cinco hombres, armados de fusiles y cuchillos, registraban su barca.

—Has robado este arroz, bandido—dijo uno de ellos.

—No deja de ser una fortuna tener habas del año pasado—repuso otro—. Sin duda alguna, es un hombre rico.

—Podéis coger este arroz y estas habas, podéis también apoderaros de mi miserable existencia. Soy un pobre campesino que lo ha perdido todo y que ha visto morir a su mujer en la barca. No me importa que los bandidos se lleven mi arroz que es el precio de la carne de mi hija. ¡No quiero comer la carne de mi hija!

—Está loco—dijo uno de los hombres.

—No somos bandidos—aclaró otro que llevaba un fusil—. Somos los rojos. ¿Quieres venir con nosotros?

—Bueno—respondió Tcheng—. ¿Qué puede hacer un hombre que ha perdido familia y hogar sino convertirse en soldado?

—No somos soldados, somos los rojos. Castigamos a los ricos y organizamos a los pobres. Ven con nosotros y verás quienes somos. Volveremos para ayudarte a enterrar a tu mujer. Trae tu arroz y tus habas.

En el campamento había una reunión. Campesinos descalzos y harapientos, armados de cuchillos y fusiles, escuchaban a un orador. Y Tcheng reconoció en el que hablaba al joven que en la ciudad había defendido a los pobres.

—Sois todos campesinos—decía—. Algunos no habéis podido pagar los impuestos; otros estáis arruinados por la inundación... ¡Campesinos que no sois bandidos y que no debéis nunca conducirlos como tales! Hay en Kiangsi, en Foukien y en Soutcheou grandes Repúblicas comunistas con millares de obreros y campesinos. Allí, la tierra pertenece al que la cultiva. Todo esto, debíais explicarlo a los campesinos de vuestro país. La riqueza proviene del trabajo. ¿Qué harían sin vosotros todas esas gentes ociosas que se comen el dinero destinado a la reparación de los diques mientras los trabajadores se mueren de hambre y de desesperación? Todo esto tiene que terminar. El campesino no puede sufrir ya más. Es preciso expulsar a los capitalistas y a los imperialistas.

Tcheng no comprendía bien el significado de estas palabras, pero observaba con gusto que el joven hablaba como su padre. Solamente que el viejo decía: "el campesino debe sufrir." Y el otro decía lo contrario.

Así fué como Tcheng se hizo, a la noche siguiente de su ruina, miembro rojo de una de las células de su provincia. Porque empezó a acariciar la esperanza de conquistar su tierra y de reconquistar a su hija.

Paul VAILLANT-COUTOURIER.

Literatura juvenil

¿Nos conocéis?

Somos
la juventud,
la aurora
que allá
por la izquierda
viene
mordiéndose los talones de la noche
que huye espantada.

Nuestras botas
patearán
furiosas
sobre los suelos de mármol
de los ministerios
y de los palacios.

Subiremos
de cuatro en cuatro,
a paso de carga,

Los datos biográficos de Renato Ibañez nos llegan a través de una carta de un camarada suyo. Entresacamos de algunos párrafos:

"A nuestra biblioteca venía a leer—sólo a leer—un chiquito de diez u once años... Entonces inicié mi amistad con Renato. Meses después, cuando con dos más inicié la Juventud Comunista, Renato se nos agregó como pionero. Ahora Renato apenas ha crecido y sigue llevando pantalón corto. Trabaja—trabajaba ya—en la Fábrica de Electricidad y casi mantiene a su familia".

por las escalinatas rectas
que conducen
a la cúpula de los rascacielos
para encender
las llamaradas
de cien banderas rojas.

Conocemos
el sabor del plomo
de los tricornos.

Conocemos
los lamidos ásperos
de los uniformes verdes
de los carceleros.

Conocemos
el frío
largo y punzante
que castiga nuestras espaldas,
las perfora,
las acuchilla,
pero no las vence.

Nosotros
somos nosotros,
los que con el puño a la altura del hombro
gritamos:

¡¡FRENTE ROJO!!

Alicante, 1933

Renato IBAÑEZ